

PUBLICACIONES *Cinema*

Dolores del Río



Chester
MORRI✓

Richard
DIX



La
SIRENA
del **PUERTO**

LA SIRENA DEL PUERTO

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

ERLE C. KENTON



UNA PELICULA



DISTRIBUIDA POR

COLUMBIA FILMS S. A.

Casa central: Avenida Generalísimo Franco, 494

Teléfono 80141

BARCELONA

Argumento narrado por

PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTERPRETES:

DOLORES DEL RIO	<i>Carmen</i>
RICHARD DIX	<i>Juan Dorgan</i>
CHESTER MORRIS	<i>Roberto Mason</i>
George Mc. Kay	<i>Pepe "Red" Anderson</i>
John Gallaudet	<i>Jones</i>
Pierre Watkins	<i>Comandante del M-9</i>
Ward Bodn	<i>Wilson</i>
Don Rowan	<i>Reilly</i>
Francis Mc. Donald	<i>Romano</i>
Stanley Andrews	<i>Com. Buque Salvamento</i>

EN PREPARACIÓN:

DEUDA DE HONOR, interpretada por
KEN MAYNARD

TALLERES GRAFICOS
VDA. M. BLASI · BARCELONA

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

LA SIRENA DEL PUERTO

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO PRIMERO

DOS ALLEGRES COMPANEROS

En las aguas del Pacifico van, deslizándose veloces, flechas grises sobre el azul del mar, los buques de la escuadra americana. Es la época de maniobras; en cada buque la tripulación, muelle y cerebro en tensión, está completamente identificada con las órdenes de la oficialidad.

Desde uno de los buques encargados de la vigilancia de costas se estaban realizando una serie de laboriosos trabajos; se trataba de localizar un derriello, cuya existencia era un constante peligro para la navegación. Todos los marineros contemplaban con gran interés los preparativos que Roberto Mason, muchachote alegre y despreocupado, amante de las caras bonitas y excelente compañero, estaba realizando para lanzarse al agua. Junto a él, en cubierta, se hallaba Juan Dorgan, su inseparable amigo, mozo de cabina y ingeniero, el mejor buzo de la armada, quien con el mismo cuidado que si se hubiese tratado de un hijo, iba colocándole todas las prendas de su traje de buzo. Una vez la escafandra puesta y ya en posesión de los instrumentos necesarios, Roberto, tras una alegre muestra de despedida, deslizóse lentamente por la cuerda hasta la profundidad.

Juan no quiso dejar a nadie el cuidado de la comunicación con su amigo. Constantemente se hallaba con el auricular al oído. De pronto, oyóse la alegre voz de Roberto:

—Date prisa, muchacho, y mándame en seguida el martillo. Tengo una cita en Manila esta noche y a este paso se quedará plantada mi chica.

La pronta respuesta de Juan al mandar el martillo fue una carcajada. (Conoció tan bien a ese tenorio de ladada gorra y pícaroscos ademanos).

De pronto, inesperadamente, uno de los barcos que habían sobre cubierta cayó sobre el tubo de aire. Inmediatamente, Roberto comenzó a experimentar los efectos de la asfixia; trémulo, casi ahogándose, logró balbucear:

—¿Qué es lo que pasa? ¡No me llega aire... se ha roto el tubo de aire!

Su amigo quedó anonadado. Si no le llegaba aire, ¿cómo iba a ser posible resistir el tiempo necesario para ascender hasta la superficie? El comandante, al enterarse de lo ocurrido, no pudo ocultar su preocupación; iba a ser poco menos que imposible rescatar a Roberto rápidamente, pues no resistiría los segundos necesarios para subir. Juan, dejándose llevar de su ansiedad, cundióse ante el oficial, y mientras se despojaba de su uniforme.

—Mi comandante, déjeme intentar salvarle.

Zambulléndose de un ágil salto. Al desaparecer debajo de las olas, los marineros no pudieron evitar un estremecimiento de angustia.

Pero no en balde era Dorgan el mejor buzo de la armada. Sumergióse rápidamente, tras imprevistos esfuerzos logró llevar a su compañero a la superficie. Roberto se hallaba, por fin, y gracias al heroísmo de su amigo, lejos de las garras de la asfixia. Apenas se hallaron sobre cubierta, el comandante, acompañado por el médico, se aproximaron a reconocerle; felizmente no había sufrido lesión alguna pero su estado general era tal que inmediatamente fueron dadas las oportunas órdenes:

—Ponerle en la cámara respiratoria con toda la presión posible; es necesario que respire cuanto antes.

A los pocos minutos, Juan hizo su entrada en la cámara. Roberto, tendido en una litera se quejaba; sentíase un tremendo peso sobre el pecho. Dorgan se le acercó obligándole a levantar los brazos, haciéndole aspirar e inspirar al propio tiempo, mientras con alegre entonación le decía:

—Ahora, muchacho, respira con fuerza...

—¡Oh! ¡Sí! Estoy muy bien... muy bien...

—¿Sí, eh? Pues a mí me hace el efecto que no; ven, levántate un poco.

—¿Quieres dejarme? ¡Estoy bien, tengo que estar bien! Esta noche me espera una chica en Manila; ya verás que prontitud voy a presentarle, Juan!

—Si hombre, sí, y si no pudieses ir, te las traeré aquí.

Y una doble carcajada terminó el diálogo. Roberto trató de levantarse y con fraternal afecto estrechó la mano de Juan, tratando de disimular su emoción.

Erán las once de la noche del siguiente día en una calle de los barrios bajos de Manila, lugar de paso de marineros que sólo anhelan pasar divertidos momentos del brazo de una hermosa muchacha bailando sin cesar y amando sin complicaciones de ninguna especie.

Fronte a un café, desahogado y solitario, estaban Juan y Roberto, cuyos atizados rostros y vivos ojos, destacaban más aún sobre el blanco de sus uniformes. A pesar de que hace mucho rato que aguardan, no hay el menor rastro de la muchacha. Juan empieza ya a cansarse.

—¿Quieres decir que es aquí precisamente donde se tenía que encontrar?

—Sí, chico, o creas tú que yo entiendo las cosas al revés.

—Buena, pues seguiremos esperando.

Y mientras Roberto se volvía en todas direcciones, echando de paso miradas incendiarias a las muchachas que pasaban por su lado, Juan no apartaba los ojos de su rostro, mientras una sonrisa burlona no abandonaba sus labios.

—¡No lo entiendo... me ha dejado plantado! — murmuró furiosamente Roberto, al cabo de un rato.

—Pero, hijo, ¿no estaba acaso esa muchacha loca por tí?

—No, no me puedo haber dejado plantado.

—Naturalmente que es imposible, mi modesto amigo.

De pronto, Roberto se paró en seco:

—¿Quieres decirme qué día es hoy?

—Te diré que, si no tienes inconveniente, hoy es miércoles.

—¡Miercoles! — gritó Roberto—. Oye, y el martes, ¿qué hice yo?

—Pasaste el día en la cámara respiratoria.

—¡A buena hora me lo dices! — fue la malhumorada respuesta.

—Ah, sí? Dame, ¿cuando me has nombrado niñera tuya?

Deshecho ya el plan de la noche, los dos compañeros decidieron ir a dormir en el catetán vecino. Magnífico lugar el catetán, completamente solitario. Las sillas jugaban al escondite y unas cuantas monjas, con ganas de suicidarse, paseaban por los alrededores de las tirillas de papel engomado. El tabernero, hombre de cierta edad y escaso humor, les sirvió un par de cervezas como si les escanciará una pequeña dosis de veneno. Roberto, cuyo temperamento jaranero no podía ya más, expuso:

—¿Qué lugar más animado! Muchacho, ¿qué cementerio será este? ¡Me parece hemos descuidado las coronas!

—Naturalmente, para tí donde no hayan mujeres y bullicio, todo lo demás es funerario. ¡Tu único pensamiento gira en torno de las mujeres!

—Hay acaso algo mejor que ellas y alguien más afortunado que yo?

La frescura de Roberto comenzaba a molestar un poco a Juan, y éste decidió gastarle una broma. Con un guiño dirigido al tabernero, comenzó a entusiasmarse a Roberto:

—Tú te aburras mucho aquí, ¿verdad?

—¡Sí, me aburro!

—Pues, mira, sé dónde encontrarías bonitas muchachas desahogadas de coñecerte.

—No hay como tener fama... pero, oye, ¿cómo lo sabes tú?

—Oí que hablaban de vino y mujeres... un tal Martini. Creo es el dueño de la casa — y sonriendo socarronamente Dorgan preguntó al tabernero:

—¿No le conoce usted?

—Sí, es conocidísimo aquí; su casa está al final de la avenida.

Roberto al oír esto ladeóse la gorra, y adoptando su aire más conquistador se despidió:

—Me voy, quedate abuelito, volveré con dos bejadas. ¿Cómo quieres tú la tuya? ¿Rubia o morena?

—La preferiría pelirroja.

Apenas hubo sabido Roberto, su amigo y el tabernero se bajaron una ruidosa carcajada. Se las prometían felices. El oficial se dirigía nada menos que a una de las más suntuosas residencias de

una persona de la alta sociedad, muy exigente en materia de amigos y a cuyas fiestas sólo tenían acceso las personas de la aristocracia.

—Ya lo verá, amigo, le pondrán de patitas en la calle — dijo burlescamente el tabernero—. Antes de quince minutos estás aquí.

—Tan pronto, no, es muy terco.

—No conoce usted a esa gente, oficial.

—No, ¡pero conozco a mi amigo!

—¿Hacemos una apuesta? Por cada minuto que su amigo tarde en volver después de un cuarto de hora le regalo un vaso de cerveza.

—Hecho.

Al cabo de poco tiempo eran ya más de treinta los vasos de cerveza que alineados como soldados en revista, montaban la guardia sobre el mostrador. El tabernero, preocupado, iba a terminar la existencia de cerveza. Insinuó:

—No sería mejor que lo fuese a buscar? A lo mejor le ha ocurrido algo desagradable. En este país nunca se sabe lo que puede ocurrir.

—¡Bien le habla dicho que era terco!; ahora que... si quizá será mejor que vaya a buscarlo, si está herido... entonces le doy cinco minutos de tiempo para vender la tienda! — y tras un energético pufetazo a una inefensiva mesa, Juan desapareció en busca de su amigo.

Seguía la larga avenida hasta llegar a la mansión de Martín, hermosa casa de puro estilo español, rodeada de grandes jardines. Uno de los criados japoneses intentó impedirle la entrada, pero Juan siguió avanzando imperterrita. De pronto, se detuvo sorprendido: de un grupo de gentilezinas filipinas destacaba la blanca silueta de Roberto; entre las agudas voces femeninas, se oía la ronca voz del marino explicando sus hazañas:

—Amigas mías, esto tiene su historia —decía, enseñando las barras que decoraban su manga—. Cada una es un ascenso.

—¿Y ha logrado una alta jerarquía? — susurróle una divina morena.

—Claro, encantadora damita, mire: por ésta, se me elevó a capitán, esta otra, significa comandante, y la tercera, es almirante.

Juan iba a adelantarse cuando otro criado se le acercó inquiriendo si tenía invitación. Quiso zafarse como hizo con el otro, pero le fue imposible; entonces, con una extraordinaria armadura, le dijo:

—Ve allí, donde el almirante Mason y dígame que el almirante en jefe Dorgan desea verle.

Apenas recibió Roberto el aviso decidió darle una lección a su amigo. Con el mayor cinismo respondió que no conocía al almirante alguno que respondiese al nombre de Dorgan.

—Seguramente será un impostor. Algo debe tramar. ¡Rebela a la calle!

Y a pesar de las protestas de Dorgan, varios criados llevaron de arrojarse a la calle. Iba ya a llevar la peor parte en la refriega, cuando Roberto lanzóse en su ayuda, y entre ambos dieron fin a la contienda.

—¡Almirante, no sé lo que fueses tú! —fué la cordial acogida de Mason, mientras miraba burlescamente a Dorgan—. Ven te presentare a estas damas.

Mientras los dos se dirigían hacia las muchachas, un grupo de caballeros, entre los que destacaba la elevada figura del almirante en jefe de la escuadra, salió al jardín. El alegre grupo dio la vuelta para entrar en la casa. Juan y Roberto, atónitos, vieron los severos semblantes de sus superiores. Con la protección de un automóvil se cuadraron y salieron velozmente de la casa. Siguió la calle abajo con malhumorada expresión, entraron en la taberna, pidieron un par de cervezas y de pronto estallaron en una carcajada.

CAPITULO II

LLEGA LA ESCUADRA

Meses después, los periódicos de la costa del Pacífico, especialmente los de San Francisco, llevaban en grandes titulares:

HOY LLEGA LA ESCUADRA ESTA MADRUGADA ANCLARA LA FLOTA

Y en los corazonces de lindas muchachas repiqueteaban las campanas de la alegría. ¡Llegaba la escuadra! Eso significaba grandes aventuras amorosas, risas, diversiones; unas días de lentitud y juventud, días que más tarde se recordaban melancólicamente, pero que ahora, al solo pensamiento, hacían vivir con esperanza ilusión.

Juan y Roberto, en el bote que los llevaba a tierra, charlaban animadamente. El segundo sólo sabía hablar de las conquistas que iba a hacer y de las muchachas a quienes conocía. Se iban acercando al muelle, lleno de deliciosas muchachas, canchales y tan bonitas eran las que había, que Roberto no pudo contener una exclamación:

—¡Esto es la gloria, mujeres y beber! ¿Sabes tú de algo más divertido?

—Hombré, me olvidaba decirte algo. Acabo de ser nombrado profesor de la Escuela de Buzos. Eso significará servicio en tierra durante dos años.

—¿Y, qué miras? ¿Moriste de asco?

—Nada de eso, hay una cosa que siempre quise hacer: ¡tener mi hogar! Ahora compré una casita y...

—¿Que tendrías esas defensas? —interrumpió Roberto—. En tierra solo hallaras tabernas y cobertizos para dejar los equipajes. ¡Hogar...! ¿No tendrás un poco de fiebre?

—Mira, yo nael en una taberna cerca de los muelles; mi infancia la pasó a la sombra de los cobertizos y tinglados del puerto. Desde entonces, toda mi vida está llena de ese deseo: ¡poseer un casa y... tener teléfono propio!

Roberto no supo que responder a esto, limitóse a mirar con pasivamente a su amigo y a encogerse de hombros. ¿Un hogar?, que cosa más extraña eso de encogerse entre las cuatro paredes de una casa, haciendo tantos lugares divertidos en donde pasar el rato.

Llegaron ante la oficina de control, cuando el oficial encargado de extender las autorizaciones hizo entrega a Mason de una carta:

—¿Hasta aquí te esperan cartas de amor? — inquirió Juan.

—Nada de eso, ¡muy mala suerte!, se me ha trasladado a la dotación de un submarino. Son órdenes urgentes que cancelan mi permiso. ¡Habrás visto desgracia semejante!

Dorcan no pudo evitar reírse ante el infantil enojo de su amigo, y con voz cómicamente ranchero, le dijo:

—Me imagino, y comparto, tu pesar, pero eso no tiene importancia al pensar en todos los coramios destrozados que florarán tu ausencia. ¿Quieres que vaya a verlas y las comunique la triste noticia?

Mason no estaba para bromas. Durante mucho tiempo su ilusión había sido aquel permiso; ahora no había remedio, las órdenes eran las órdenes. Sólo cabía resignarse y volver a recoger su equipaje. La despedida fue tan pintoresca como ellos mismos. Juan, más sentimental y monañón que Roberto, malabaceaba emocionado, y tras sus alegres iras se advertía el sentimiento que experimentaba al despedirse:

—Cuidate, muchacho.

—Ya lo hare, y por cierto que me alegro de perderte de vista, ocho años contigo...

—¡Te pareceron dieciocho! — interrumpióle Juan.

—¡No, ochenta mil!

—¿Necesitas algo?

—¿Que quieras que necesite dentro de una lata de sardinas? ¡Tú no te metas en líos, piensa que papá Roberto no estará contigo para sacarte de ellos!

El bote despegó rápidamente del muelle, y ya no les fue posible continuar hablando. En pocos minutos llegó hasta el buque, mientras Juan, acodado en la barandilla del muelle, contemplaba melancólicamente la partida de su amigo. ¡Cuánto le iba a echar de menos! Habían pasado tan buenos ratos juntos en esos ocho años, que ahora se iba a sentir muy solo y más aún en una población casi desconocida.

A la tarde Juan fue presentado a los alumnos de la Escuela Naval; su fama había llegado a todos los ámbitos de la armada americana, y los muchachos, fornidos mocetones tostados por el sol, lo contemplaban con admiración.

Después de breves palabras pronunciadas por el director, Juan vióse obligado a dirigirles la palabra:

—Desde ahora ya sois bozos. Este no es un servicio fácil, todo escrita en saber llevar la repaa, conocer ciertos pequeños detalles como el uso del taladro y del martillo, soldar, malabatear en hierro, esto a cualquier profundidad. Como podéis ver no es gran cosa. Animo y hasta mañana a las ocho.

Todos quedaron un poco sorprendidos de la brevedad del dis-



— ¿Hasta aquí te esperan cartas de amor? — preguntó burlonamente Roberto a su compañero. —



En el interior del submarino la situación se presentaba, cada momento que pasaba, más angustiosa.

cuso. Esperaban algo más del nuevo profesor, mas era tanto su prestigio que ni después de romper días hicieron comentario alguno.

Pepe Andersen, marino de cierta edad y antiguo compañero de Juan, que sentía una delirante ansiedad por él, le siguió con cierto asombró. No comprendía esa prima en marchar de la escuela, y sin poderse contener le preguntó:

—¿Con quien es la cosa, Romeo?

—¡No me espera ninguna muchacha; voy a comprar una casa!

—¿Que tu vas a comprar una casa? ¡Muchacho, estás loco! Y oye, ¿para qué diantres quieres la casa?

—Pues, simplemente, para vivir en ella. Oíste, ves este anuncio — y Juan sacó un diario de su bolsillo doblado por la página de anuncios; ahora vamos a esa oficina a comprar la casa. Anda, ven — y así, tirando de Pepe lo arrastró hacia la salida.

Llegaron a la oficina de venta en poco rato. Juan interrumpió rápidamente en ella. Sin darle apenas tiempo de hablar, sacó el dinero ante el cómico asombro del encargado mientras que le pedía las llaves, tanta era su ansia en llegar que ni siquiera se preocupó de firmar los papeles, ya iba cualquier otro día; ahora lo importante, lo primordial eran las llaves e irse inmediatamente a esa soñada casa.

Situada en uno de los pintorescos suburbios de la ciudad estaba la casa; era pequeña, con jardín delante y de claros balcones con grandes ventanales. ¡Con qué inocencia sonreía la recorrió Juan! Saliendo de su ensimismamiento sacó a Pepe de un brazo y se lo llevó a la ciudad. Su primera compra fue la de los muebles, con un instintivo buen gusto escogió muchos cómodos, de sobrias líneas. No le preocupaba lo que iba a gastarse, iba a realizar su sueño, ¿qué importancia podían tener unos billetes más o menos ante eso?

Una vez terminadas las compras, Pepe, al despedirse, no pudo por menos que exclamar:

—Tú no estás en la mala jilicio, Juan. ¡Cuánto costó todo tu dinero en una casa! O, angetta, ¿no has olvidado las agujas de hacer media?

Y con esta salida le dejó en medio del lujoso vestíbulo de una tienda de muebles.

Habían pasado ya varios días. Dorgen tenía su casita arreglada, el más exquisito gusto — que nadie hubiese podido suponer en un mozo como el marino — reinaba en ella. Su máxima ambición la de poseer teléfono propio y figurar en la lista telefónica, estaba a punto de resolverse: un obrero de la compañía hallábase tratando de instalar el aparato.

Hicieron las pruebas necesarias y al cabo de escasos minutos funcionaba perfectamente. Mientras Dorgen examinaba la lista amablemente, ¿cómo podía ser posible que su nombre no apareciera? Impaciente, inquirió del obrero:

—Oiga, amigo, ¿cómo no aparece aquí mi nombre?

—No ha habido tiempo, señor.

—¿Qué? ¡pero si ayer firmé el contrato!

—Pues su nombre no aparecerá hasta la publicación de la próxima guía, por allá el mes de abril — respondió firmemente el obrero.

—No olvide usted de insertar mi nombre —insistió Dorgan—. Es necesario que figure sin pérdida de tiempo. ¡Podrían necesitarme!

Apenas hubo cerrado la puerta, faltó tiempo a Juan para acercarse al teléfono. Su sueño de toda la vida ¡tenía teléfono! Sí, tenía teléfono, ¿pero a quién llamar? No conocía a nadie en San Diego. Pepe Anderson vivía en una humilde pensión, ignoraba el nombre de los otros compañeros de la Escuela Naval y dirigirse a la Base en demanda de un rato de conversación no era lo más adecuado. Finalmente, al cabo de mucho rato, decidió llamar a Teléfonos para preguntar la hora; no era muy práctico en el manejo, titubeó varias veces hasta lograr comunicación con la Central:

—Señorita, ¿quiere decirme la hora que es?

Se ha equivocado usted, marque el 8T-1212.

Al oír esta respuesta, Juan se quedó completamente desconcertado, ¿el 8T-1212? era como si le hubiesen dicho algo en chino. Volvió a insistir en Teléfonos y recibió la misma respuesta, hasta que, cansado, se sentó en una cómoda butaca y escuchando su pipa comenzó a fumar voluptuosamente.

CAPÍTULO III

TAMBIÉN LOS MARINOS SABEN QUERER

Una gloriosa primavera reinaba en California, el cielo y el mar se desafiaban a quien estaba más sereno, en los parques, en los jardines de las casitas suburbanas, en cualquier sitio que hubiesen flores y árboles clase, más sonriente cada día, el concierto de los traviesos pajarillos. Estábamos ya en el mes de abril.

La mano no muy limpia de un chamquillo repartidor decaído debajo de la puerta de la casa de Juan la nueva guía telefónica. El marino hallábase de pie junto a la radio —magnífico receptor, cuya posesión le había costado muchos billetes— y al ver la guía sonrió alegremente. ¡Por fin!, abríala con los dedos trémulos y al llegar a la letra D, ahí se le felicitó en letras mayúsculas figuraba adun Dorgan, oficial buzo de la armada.

Sin embargo, a pesar de su casita, relajante y bonita como hogar de muñecas, y de su Guía Telefónica, Juan sentíase solo, echaba muy de menos la alegre compañía de Roberto, además la posesión de su casa hacíale soñar en una dulce compañía femenina, en alguien cuyos brazos rodeasen su cuello al llegar a casa, en alguien que fuese toda sonrisa y cultura para él, en alguien a quien amar y quien supiese amar con toda su alma. Todos sus instintos de hombre hogareño iban despertando, todas aquellas sueños de su niñez —sueños que le hicieron más fáciles de sobrellevar esos años de miseria y soledad en los que hubieron muy pocas alegrías y muchas lágrimas— cobraban nueva

vida de su imaginación. ¡Era tan triste la soledad! Cansado de dar vueltas por su casa, giró la manecilla de la radio, una música alegre y rítmica, un bellísimo ejecutado por una orquesta de negros acarició sus oídos, inmensamente sus pies siguieron el ritmo de la música. De pronto, oyó la voz del locutor:

—Están ustedes oyendo señores radiovernes música de baile interpretada por la orquesta Smith desde el «Paraiso de la Danzas», el local más atractivo de la ciudad, donde cincuenta hermosas muchachas les esperan para bailar.

Juan, subyugado por aquella música, cansado de soledad, en esos días tan soleados aún la sentía más, vistióse en pocos minutos y salió rumbo al «Paraiso de la Danzas», ¡quién sabe lo que allí podría hallar! A lo mejor, una gentilísima mucherona que hiciese más leve su soledad; a lo peor, algún alegre marino con quien departir sobre puertos y amores.

El «Paraiso de la Danzas» hallábase situado en uno de los más alegres barrios de San Francisco, a una media hora de San Diego; su reputación de sitio animado, en el que nunca faltaban las caras bonitas ni las bebidas, lo habían hecho el preferido de los marineros. Era cosa menos que imposible encontrar un solo marino de la escuadra americana que no hubiese bailado con una de aquellas muchachas. Y a ¿quién le faltaban? eran, había para todos los gustos: rubias, de caritas infantiles; morenas, de ojos ardientes; cantanazas, atrevidas e insinuantes; pelirrojas, vivarachas, todas ellas siempre dispuestas a pasar un rato divertido, todas ellas siempre con la sonrisa en los labios.

Entre las cincuenta hermosas muchachas destacaba Carmen, sequeñora mexicana de negros y rasgados ojos, boca sensual y cuerpo cimbreante, para quien el mayor atractivo de un hombre era ser agradable y tener los bolsillos bien repletos.

Aquella noche el baile estaba en su apogeo. Juan, poco acostumbrado a ir solo a lugares de esta índole estaba algo desconcentrado, se detuvo junto a la cadena que separaba a los espectadores de los que bailaban mientras seguía con los ojos las evoluciones de éstos. Carmen lo vio y en seguida decidió que ese era el hombre que necesitaba aquella noche. Deslizóse rápidamente entre las parejas, acercándose a Juan con un aire felinamente inocente.

—¿Me permite estar a su lado un momentito? —susurró quedamente, mientras envolvía a Juan en una ardiente mirada—. Hay ahí un fresco ¿comprende usted?

Juan al sentirse acariciado por aquellos ojos, olvidó su soledad, olvidó todo, sólo quería una cosa, seguir mirando aquella cara adorable oír esa tímida voz que tan dulcemente solicitaba su apoyo. Toda su virilidad de hombre se sublevó crispando los puños, preguntó a Carmen:

—¿Quién es el que se atreve a molestarla? Enséñamele, ¡en pocos segundos daré buena cuenta de él!

—No, por favor, nada de escándalo, ya pasó el peligro, muchas gracias!

Sonriendo provocativamente Carmen trató de alejarse, mas Dorgan, definitivamente atraído se acercó a ella:

—Oiga, neurita, ¿dónde va ahora?

—A trazar de que alguien baile conmigo. —En la respuesta dio un suspiro triste. El dueño se puso seriamente furioso cuando ve que no bailamos, y como necesito trabajar...

—Dígame, ¿le sirve? Yo no bailo muy bien, pero...

—Encantada. ¿Compró los billetes?

—No, pero si me promete quedarse muy quietecita aquí en medio de los músicos vengo con ellos.

Y sonriendo como niño feliz, Juan se fue a la taquilla a adquirir una tira de billetes que le iban a permitir el derecho de tener a Carmen junto a sí. Cual no fue su sorpresa al hallar a Pepe Anderson también comprando billetes, inútilmente trató este de inquirir que es lo que Juan hacía allí, lo único que logró como respuesta fue un amago y unas rápidas palabras:

—Déjame ahora, ¿quieras? ¡No puedo entretenerme!

Al pasar los compases del próximo baile ya estaban enlazados Juan, emocionado e íntimamente feliz; Carmen felina y audazmente, tratando de apoderarse aun más del corazón del marino. Bailaron un buen rato, y bajo las ardientes miradas del marino la muchacha fingió turbación.

—¿Eres francesa? —preguntó Dorgan.

—No, soy del Valle Imperial. ¡Americana!

—Pues hubiese jurado que eras francesa.

—Ni la menor gota de sangre extranjera hay en mis venas a no ser que usted considere muy extranjeras a las mejicanas!

—¿Qué quieres decir?

—Mi madre era mejicana!

—¿Yo he pasado muy buenas ratos en México!

—¿Con las chaparrillas?

—¿Crees que soy tan temerario?

—¿Por qué no?

Las últimas notas del batible interrumpieron el diálogo. Todas las parejas se dirigieron hacia el bar. Juan y Carmen también fueron hacia allí. Inútilmente trató el marino de hacerla beber, con molinos de niña ingenua, que llegaron a lo más fondo del alma de Dorgan, rebasó las bebidas que se le ofrecieron; hasta comprendido perfectamente que a esa clase de hombres era completamente contraproducente el querer ser demasiado moderna.

La poca experiencia femenina de Juan impidió moverse con desenfado, hubiese querido pedirle le permitiera acompañarla a cenar pero no se atrevía, al cabo de mucho rato, haciendo un extraordinario esfuerzo, atrevióse a sugerirle:

—No podríamos ir a cenar a algún sitio que estuviese bien?

—Si es aficionado a la cocina china, ¿podríamos ir a un restaurante que conozco?

—Si soy aficionado a comer platos chinos, ¿hay algo que no pueda gustarme yendo contigo? — y con afectuosa ademan, Juan ayudó a bajar del alto taburete.

Estaban a punto de ir cuando Carmen recordó que necesitaba arreglarse, pidió disculpas gentilmente y se fue hacia el tocador. Unas cuantas muchachas se hallaban allí, desmenuzadas, comenzando, arreglándose y riendo de las incidencias de la noche. María, la doncella negra, acercóse solícita a Carmen —¡era

muy espléndida cuando estaba de buen humor la muchacha!— para ayudar a desmenuzarse. Al momento lanzó la muchacha los zapatos a un rincón, sin dar tiempo a que María la ayudara, mientras pedía:

—Marta, corre, tráeme un whisky doble, ¡estoy cansadísima!

No había tenido tiempo de empezar a peinarse que la doncella reapareció con un vaso de licor y en un solo trago, como el más experto bebedor, Carmen se tomó el whisky mientras una burlona sonrisa vagaba por sus labios dedicada al ingenio marino que aun creía que las muchachas —y las de las bailes públicos ¡sefor!— no bebían. Terminó de arrojarle la cara y antes de salir se puso unas pastillas en la boca, no era cuestión de echarlo todo a rodar por un indiscreto olor a licor.

Corridos del brazo Juan y Carmen, una pareja más —¡severo uniforme naval contrastado con el claro traje de noche— entre las muchachas que pasaban por la calle, se dirigieron al restaurante chino. Este era un discreto lugar, débiles luces, suave música, exquisita comida, que era el predilecto de las parejas que después de deambular alegremente desahogaban unas horas en amigable coloquio y tener sueños arrullados por la música oriental.

Dorgan no podía casi comer, sus ojos no se apartaban de ella, acariciaban la frente tan pálida bajo los negros cuernos, los ojos tan profundos y ardientes la boca sensual e ineluctable la suavidad del cuello, los dedos largos y finos. No sabía apartar sus miradas de ella, ¡era tan adorablemente hermosa!

Nunca ni en sus más locos sueños, hubiera imaginado poder contemplar tan de cerca una criatura tan hechicera como esa. Si ella fuese capaz de sentir algo por él, siquiera de entregarse a su cariño, él va sabría hacerle querer. ¡Si ella quisiera!

Carmen realmente turbada por el apasionado silencio del marino, intentó hablar:

—¿Por qué tan callado? ¿Acaso se aburre?

—Oh, no, nada de eso —repuso Juan—. ¡Es que estoy tan bien a tu lado! ¿Por qué no me cuentas cosas tuyas?

—¿Mías? ¿Qué poco puedo contar!

—Sabes, ¿verdad? Nadie diría que eres narda en el campo.

—¿Y por qué no? ¿no se puede ser campesina y bailarina de a diez centavos el baile?

—Eres tan... no sé cómo explicarme, ¡tan diferente de todos!

—¿Diferente?

—Si tus gestos, tus ademanes, tu sonrisa, todo está tan lejos de la vida que llevas!

—¿Muy lejos de la vida que llevas? —murmuró Carmen, tristemente—; sí, muy lejos... Nunca podrías imaginarte todo lo que he pasado. Nuestros sentimientos una finca muy hermosa, la vida era dulce para mí, felicidad y alegría, mímos y risas, todo eso fue mi infancia, mis primeros años de mujer. Pero murió papá, como no teníamos dinero nos embarcamos en la hacienda, yo no sabía qué hacer, vendí el poco dinero que tenía y me fui a Hollywood a probar fortuna en el cine. Aquella vida no me gustó, entonces vine aquí...

—¿Hace mucho tiempo? —interrumpióle Juan.

—Una semana apenas... Tome un casillito pero me sentía tan sola, necesitaba trabajar, un día pasé por aquí y al oír la música... ¿sabe usted lo que es estar sin dinero y sola?

—¿Y cómo llegaste aquí?

—¡Oh, vino en coche! una señora, ¿sabe usted? conduela, le cul en gracia y me dejó salir. Más tarde fue ella quien me introdujo aquí. Ya ve, una historia completamente vulgar.

Absorbo en su conversación no se habían dado cuenta que el local estaba ya desierto, el único camarero que había permanecido allí tras imprevistos esfuerzos para dominar los bostezos, se dirigió hacia ellos:

—¡Vamos a cerrar, señores!

Supréndidos miraron al reloj, eran casi las tres de la madrugada, con una sonrisa que quería ocultar su turbación, Juan pagó la cuenta, sin tan siquiera mirarla. Estaba con ella, con aquella mujer de quien tan locamente se había enamorado, ¿qué importancia podía tener lo demás a su lado? Salieron juntos y paseando lentamente; era una cálida noche primaveral, fueran hasta la pensión donde Carmen vivía. Paulatinamente iba desapareciendo la alegría del marino, quería decirle algo y no sabía cómo, ya le tendía ella la mano en ademán de despedida cuando se atrevió a murmurarle emocionadamente:

—Es muy triste tener que separarnos, nos hemos conocido por caminos adios y no nos volveremos a ver más... quiero decir que... es... También yo estoy muy sola como tú, me gustaría tanto volvernos a ver. Di, nenita, ¿me permites que te venga a buscar algún día?

—¿Tanto lo desea?

—¡Oh, sí, mucho, muchísimo!

—Siendo así —sonrió Carmen dulcemente— podríamos salir mañana e ir a la Exposición, ¿tú quieres?

—Nenita, repite eso, es tan dulce oírlo!

—Bueno, si tú quieres podríamos salir luego el domingo iríamos a la playa, ¿te parece bien?

La alegría de Juan sólo encontró una forma de expresión acercóse a Carmen:

—Quisiera pedirte algo...

—¿Qué? —inquirió ella mimosamente.

—¿Te enfadaría?

—¿Quién sabe?, pruébalo y veremos.

No había terminado de pronunciar estas palabras cuando Juan la atrajo apasionadamente hacia sí, con un ardiente beso su boca cerró la de ella.

—Ves —murmuró entre besos— ¡Esto es lo que quería! ¿Te has enfadado?

—¡Me gustó! —repuso Carmen, mientras al ver la intención de Dorgan de retirarse, corría hacia la escalera.

Aun permaneció Juan unos instantes contemplando la casa y recordando la dulzura de aquellas caricias, dio media vuelta para marchar cuando tropezó con una abesa señora, se apartó pidiendo excusas, con tan mala suerte, que pisó a un transeúnte. Una sola exclamación brotó de ambos:

—¡Marinero borracho tenía que ser!

¿Borracho? sí y no, ébrio de juventud, de cariño, de ilusión eso sí: ébrio de beber, no. Había hallado una mujer como nunca soñara, la había estrechado entre sus brazos, había besado su boca, ¿qué más podía desear? y silbando alegremente se fué a su casita.

CAPÍTULO IV

ABANDONÁNDOLO TODO PARA SER FIELES HASTA LA MUERTE

Con qué ilusionada alegría Juan esperaba a Carmen al día siguiente a la entrada de la Exposición: ni un chiquillo en día de fiesta sentíase el corazón tan feliz y ligero como el marino. Al poco rato llegó ella desplegando todas sus dotes de seducción, pasearon por las anchurucas avenidas, subieron a las atracciones riendo y charlando bailaron alegremente, cada instante que pasaba aumentaba la felicidad de aquellos momentos. Juan con toda ternura —aquella inhábil ternura de los hombres reservados— trataba de atraerse a Carmen y ella ponía toda su seducción de mujer conocedora de los hombres en ir absorbiendo más y más aquel espíritu de hombre sediento de compañía.

Desgraciadamente, para el marino aquellas horas fueron muy breves, tenía su deber en la escuela y no podía disponer de todo el día. Desganadamente despidióse de Carmen con la promesa de pasar el próximo domingo en la playa.

Cómo contaba Juan las horas que faltaban para el domingo: le parecía que nunca iba a llegar cuando apenas faltaban dos días. Descezo de que ella tuviese todo cuanto podía desear alquiló un precioso coche. No desmintió tampoco la adquisición de provisiones, una gran cesta repleta de exquisitas bocanitas iba en la trasera del auto.

Temprano fué a buscarla, no tuvo que esperar mucho, apenas hablaba llamado con la bocina cuando Carmen salió sonriente y graciosa; un cálido apretón de manos, unas afectuosas miradas y el coche se puso en marcha.

La muchacha no ocultó su admiración por el llamativo coche, Juan, satisfecho, le preguntó:

—¿Verdad que te gusta este trasto, nenita?

—Muchísimo, ¿lo has comprado?

—No, lo he afluado, pero compraremos uno y serás tú quien lo elija. Quiero que sea a tu gusto, nenita —rió feliz Dorgan.

Estaban a punto de llegar a la playa, se veía en lontananza la cinta azul del mar, cuando Juan le preguntó:

—¿Cómo vas a bañarte? ¿Has olvidado el traje de baño?

Carmen sonrió pícaramente, desabrochóse el vestido y le enseñó el traje. Juan, al verla, también sonrió y, a su vez, enseñóle cómo debajo de la chaqueta llevaba el suyo.

Aquella magnífica primavera más perfecta verano, ni una sola

ola alteraba la serena superficie del mar, un cielo profundamente azul, un calco del cielo más encanto a la belleza de la playa de fina arena. Rápidamente se despojaron de sus vestidos de calle y con infantil regocijo se lanzaron al agua. Juan era un excelente nadador, pero Carmen no le iba a la zaga; juraron alegremente en el agua hasta que Dorgah, sollozando, la hizo salir hacia mucho rato que nadaba y se ahogaba demasiado. La llevó a un sitio resguardado para descansar, mientras que él, con su igual habilidad iba preparando el abouero.

Encendió fuego; con gran cuidado empezó a asar delgados trozos de carne; luego, cuando lo demás que quedaba en la cesta, puso encima del blanco mantel todo cuanto el apellido más exigente podía desear: bocadillos, pollo frío, ensalada, dulces, pasteles, frutas, todo iba colmando cuidadosamente Juan, mientras Carmen, trondica indolentemente contemplaba al marino con un disimulado aburrimiento. ¡Qué lejos se sentía ella de allí! Sin sospechar nada, él se le acercó con un sabroso bocado en la mano. Carmen lo aceptó displicentemente, comió muy poco y volvió a su primitiva posición.

Juan volvió a fumar; esta vez era un trazo de pollo sabrosamente aderezado. Ella lo miró y luego lo arrojó lejos:

—¿Quieres que reviente de tanto comer?

Empero, al esta salida de tanto pudo empujar el ingenio en entusiasmo de Juan; tomó un trazo de pastel y mimosamente trató de ponerse en la boca:

—No me despreciarás el pastel? ¡He pasado más de dos horas ante el horno, cocidísimo!

—¿Qué tanto eres, diquillo! —dijo Carmen, riendo—. Luego, mirándole apasionadamente a los ojos, continuó: —Siempre creí que los marinos eran todos crueles, pero tú... ¡qué bueno eres!

Juan, subyugado por esa voz y esa mirada, se acercó a la muchacha; sus manos aprisionaron las suyas e iba a besarla —¡eran tan suaves aquellos labios! ¡besaban tan apasionadamente!— cuando el retumbo de un trueno en la lejanía le hizo apartarse, no se habían dado cuenta de la proximidad de una tormenta. Rápidamente cubriéronse el cielo y una violenta lluvia comenzó a caer instantáneamente, recogieron las cosas como pudieron y se fueron al coche, pero como éste no llevaba capota no pudieron evitar mojarse en el camino.

Al cabo de unos minutos llegaron a la casa. La sorpresa de Carmen fue indescriptible, tanto que Juan no pudo evitar preguntarle: —¿Tan extraña es mi casa?

—Es preciosa, divina; me resiste a creer que la lo cederás todo. —Qué muebles tan estupendos! ¡Qué buen gusto tienes!

—Verdad que todo está bien! —asintió alegremente Juan.

—Mira, y hasta una radio!

Carmen iba de un lado para otro, curioseando todo. Al llegar a la cocina se desbordó su entusiasmo, era tan clara, tan bonita, el menor detalle no faltaba; una gran nevera eléctrica, una cocina con amplio horno, blancos armarios y mesas y hasta unas cómodas cortinas en las ventanas. Juan contemplaba, sorriente, el entusiasmo de Carmen.

—¿Sabes cocinar, bonita?

—Soy la mejor cocinera de mi pueblo. Toda la vida quise para mi padre, hasta que él... y unas oportunas lágrimas terminaron la frase. —Juan, afectado por la pena de la muchacha —¡cuando habla surrida esa criatura!— la strajo hacia él, llevándola suavemente a su habitación. Allí reinaba el más pinfresco desorden. Carmen no pudo por menos de exclamar:

—¡Los hombres no saben cuidar una casa, son unas desdichas. ¡Todo lo arruinan!

Trató de seguir hablando, pero la ardiente expresión de los ojos de Dorgah la impidió continuar. Trató de salir de la habitación, más las fuertes brazos la aprisionaron, mientras sobre sus labios se posó la boca del marino. Intentó zafarse, pero inútil. Juan la tenía fuertemente abrazada; al cabo de unos segundos, con voz trémula le preguntó:

—Carmen, ¿quieres ser mi esposa?

La única respuesta de ella fue acercarse a él y rodear su cuello apasionadamente con sus brazos.

Días después, Carmen y Juan cogidos del brazo y mirándose a los ojos con grave riesgo de su integridad personal, era muy fácil tropezar en cualquier sitio, se dirigieron hacia la morada del juez. No había persona más díscola en esos momentos que el marino, estaba locamente enamorado, creía ser correspondido, todos sus sueños eran realidad. No sabía mirar a otro sitio que a los ojos de Carmen, mientras sus manos, recias y atezadas, estrechaban cariñosamente los pálidos dedos de la muchacha.

Diffícilmente podía haberse dado una pareja más disar: mientras el juez atentaba los preparativos, Juan no podía estar quieto, nervioso, emocionado; cambiaba veinte veces de postura y su sombrero daba continuamente vueltas entre sus dedos. Carmen, con su eterna postura de felina indolencia, mascaba goma disimuladamente, mientras pensaba lo incomprensible que era cierta clase de hombres.

Cuando todo estuvo listo aproximándose al juez quien, con voz mansa, le fue leyendo lo relativo al matrimonio, formulando su discurso con las viejas palabras:

—Para vivir unidos de acuerdo con las leyes de Dios, para amarse, consolarse, honrarse y alegrarse en todo momento, tanto en las alegrías como en las tribulaciones, abandonando todo para ser fiel el uno al otro hasta que la muerte los separe.

Carmen no pudo evitar una mueca de aburrimiento, ¿con qué retóricas les iba el buen señor, como si fuese posible guardar eterna fidelidad a un solo hombre hasta la muerte!

Una vez la ceremonia terminada, el juez les felicitó efusivamente; tanta era la turbación de Juan que casi olvidó pagar los honorarios del matrimonio: al darse cuenta sacó un puñado de billetes del bolsillo y sin mirarlos siquiera los entregó al juez, mientras echaba a andar apresuradamente al lado de su mujer. Ya en el coche que les llevaba a su hogar, Juan ni se atrevió a besar a su esposa, se limitaba a acariciarla con la vista mientras sus labios desahucaban estúpidas palabras y sus manos no sabían apartarse de las de ella. Llegaron a casa, Carmen intentó abrir la puerta; de un ágil movimiento su marido se lo impidió:

—¡Espera, bonita, hay que hacer las cosas bien!

Y siguiendo la antigua costumbre sajona que la novia, al entrar a su nuevo hogar, ha de hacerlo en brazos del esposo, tomó en brazos a Carmen y besándola apasionadamente entraron en la casa. Con una gran suavidad la depositó en el sofá, sentóse a su lado, muy junto a ella. Carmen algo turbada por el cariño sincero de aquel hombre y comprendiendo que era llegado el momento de fingir en firme, murmuró quedamente:

—Juan, te tengo un poco de miedo!

—¿Tú, miedo a mí?

—¡Sí, eres tan fuerte, tan recto!

Juan rió feliz. ¿Hay algún hombre que no se sienta infinitamente halagado cuando unos labios de mujer le alaban? — Inclinandose hacia ella trató de besarla de nuevo. De pronto la voz de Pepe Anderson sacólos de su arrobamiento:

—¡Juan!

El marino volviéndose rápidamente y vió a su compañero que los miraba con el más grande asombro pintado en su expresivo rostro.

—Muchacho —exclamó jubilosamente Dorgan— Permíteme que os presente; Carmen, este es Pepe Anderson; Pepe, he aquí mi esposa. ¡Acabaos de casaros! ¡Ahora mismo venidme del juzgado! ¡Quieren un cigarro?

—Si acaso después de cumplir mi misión —repuso Pepe sin quitar los ojos de Carmen—. Toma, Juan, una orden del departamento — continuó haciéndole entrega de un billete timbrado.

—¿Qué es esto? ¡Si estoy en mi luna de miel!

—¿Qué ocurre? — preguntó Carmen.

—He de prestar servicio inmediatamente. El «Tritón» ha anclado, ha de ponerse a flote sea como sea. Es un verdadero contratiempo en un día como este.

—¿Supongo que no irás? ¡Si acabaos de casaros! No puedes hacerlo, Juan.

—Sí, tienes razón... ¡que vaya otro!

—¿Así se habla! ¡Eres todo un hombre! ¿Qué necesidad tienes de tí hablando tantos otros buzos?

Juan, vencido por el encanto de su mujer, olvidó por unos instantes su deber, y dirigiéndose a Pepe exclamó:

—Lo siento, muchacho, pero no puedo ir. Dile al comandante que no cuente conmigo acabo de casarme y no estoy dispuesto a abandonar los brazos de mi mujer por un traje de buzo. ¡Que mande a cualquier otro! ¡Conmigo no cuenta!

—Y tú te has creído que yo voy a llevar este recadito? — contestó Pepe, severamente. — ¡Valiente marino estás hecho!

Durante unas segundas lucharon encontradas emociones en el ánimo de Dorgan; de un lado, su cariño hondo y apasionado, su amorosa embriaguez de los primeros minutos de casado; del otro, su deber, sus sentimientos de compañerismo y humanidad. Carmen, con graciosos mohínes, insistía en querer apartarle de su obnubilación. Pepe, inmóvil como una estatua, como la estatua del deber, miraba fijamente a su amigo; de rato en rato volvía sus ojos hacia la muchacha, tratando de recordar donde la había visto.

Los nervios de Carmen se alteraban por segundos; no com-

prendía los titubeos de su marido ni la insistencia de Pepe, hasta que no pudo más:

—Diles que estás en la luna, diles cualquier cosa, ¡pero no te vayas!

Al oír la voz de su mujer, Juan salió de su ensimismamiento y resueltamente le contestó:

—No tengo más remedio que ir, soy marino y he de cumplir mi deber cueste lo que cueste.

—Si no están conformes, renuncia; mándalo todo a rodar.

—No puede ser, renita, no puede ser...

Pepe, temiendo que Carmen lograse disuadir a su marido, volvió a insistir:

—¡Juan, que tienes que ir imperiosamente! ¡Date prisa! ¡Te están esperando!

Dorgan salió de la habitación apresuradamente mientras Carmen y Pepe quedaban frente a frente; éste no sabía quitar los ojos de ella tan fijamente la miraba que ella no pudo por menos de decirle:

—Será demasiado indiscreto, benévolo amigo, preguntarle ¿por qué me mira tanto?

—La conozco y no sé de dónde, si es de donde me llevo... ¡pobre Juan!

Carmen iba a responderle furiosamente, pero la entrada de su marido la contrajo: ya iba vestido de uniforme y llevaba una maleta en la mano. Acercóse a ella, estrechándola apasionadamente la cubrió de besos.

—Juan mío, ¿volverás pronto? ¡Voy a estar tan sola sin tí!

—Dentro de una semana, a lo más un mes, pero sabiendo que mi mujercita me espera no tardaré, renita.

Y tras una última caricia salió Juan seguido de Anderson, quien al despedirse de Carmen le hizo una ceremoniosa reverencia.

CAPÍTULO V

LAS APARIENCIAS ENGANAN

Roberto Mason, a costa de muchos esfuerzos, había logrado, entre tanto, un permiso de ocho días; su primer pensamiento al desembarcar en San Francisco, fué dirigirse rápidamente a San Diego para ir en busca de Juan. En la Escuela Naval le informaron que Dorgan había salido en comisión de servicio a Point Fletcher, ignorándose cuándo volvería; la decepción de Roberto fué grande, pues se había prometido pasar ocho o diez días con su gran compañero. Siempre había sentido un sincero afecto hacia él y esta ausencia le había servido para aquilatar mejor la bondad de Dorgan. Disgustado salió de la Escuela Naval y echó a andar sin rumbo fijo.

Solo en su flamante hogar, la joven señora de Dorgan abu-

triste soberanamente; no tenía amigos —las compañeras del «Paraíso» de la Danza no merecían tal calificativo—, no amosa a nadie por las alrededores, ¿qué iba a hacer tanto tiempo sola? Su aburrimiento iba adquiriendo caracteres de verdadera neurosis. Se acercó a la radio y la hizo funcionar, las alegres notas de la música de baile del «Paraíso» de la Danza llenaron el espacio, el mal humor de Carmen fue disipándose rápidamente. Empezó a esbozar unos pasos de baile mientras su imaginación recordaba alegres momentos pasados en lo que para ella era su verdadero hogar. De pronto, se decidió, entró a su habitación, se cambió, fue a la cocina, sirvióse un vaso grande de whisky y marchó hacia la ciudad.

El alborozo de sus compañeras al verla fue grande; antes de poco ya se hallaba sentada en una mesa hablando con un sujeto de loco aspecto, narrándole su triste historia.

—... dejó el Valle Imperial y me vino aquí.

En ese preciso momento hizo su entrada Roberto Mason; una mirada circular al recinto fue suficiente para descubrir a Carmen, le guió el ojo con la mayor desfachatura; ella, sorprendida, interrumpió su confidencia. Roberto se acercó y con la mayor frescura la saludó:

—Hola, chiquilla, ¿cómo estás? ¡Cuánto me alegro de verte! Tengo muchas cosas que decirte —y dirigiéndose al hombre que la acompañaba, añadió: Me perdonará, ¿verdad? ¡Hace dos años que no nos vemos! Con su permiso, ¡me la llevo!

Y cogiendo de un brazo a la sorprendida muchacha se alejó. Carmen trató de hacerse la ofendida, mas sus moñitos no tuvieron el menor éxito con Roberto; era de una especie completamente diferente de la de Juan. Fueron al bar; el primer paso de una conquista de Roberto era llevar la muchacha a beber.

—Ven, preciosa, vamos a beber. Moxo un whisky para mí, y tú, ¿qué vas a tomar?

—¡Oh!, yo no bebo.

—Esa se lo cuéntas a otro, preciosa; moxo, un whisky para la señorita.

Y con un alegre ademán, Roberto obligó a beber. Estuvieron en animada charla un rato hasta que Roberto insistió:

—¿Sabes tú de algún sitio mejor, o nos quedamos aquí?

—Si te gusta la cocina china...

—Soy esclavo del amor en general y tuyo en particular, preciosa, ¿vamos donde quieras!

Cogidos del brazo fueron al mismo restaurante chino donde Carmen llevó a Juan. Roberto se hizo servir una sencilla cena, comió y bebió vorazmente, tanto que de primer momento Carmen no tuvo tiempo de colocar su historia; luego, con el mismo tono de voz y ademanes con que la explicó al ingeniero Dorgan, repitió:

—Nunca podré imaginarlo todo lo que he sufrido. Cuando murió papá nos quedamos sin dinero, embargamos la hacienda, yo no sabía qué hacer, saqué algún dinero y fui a Hollywood a ver si servía para el cine. Aquella vida no me gustó, así es que me vine aquí; ahora vivo con mis primas, esperando hallar trabajo.

—Preciosa, ya tienes trabajo; ¡cúdamme a mí! —fue la expresiva respuesta de Mason.

Esa vez también se le pasó la hora a Carmen; el camarero tuvo que recordarle lo avanzado de la noche. Roberto pagó, protestando ligeramente de lo excesivo de la nota; al salir, la tomó del brazo y mirándola chancerosamente, dijo:

—¡Me ha enternecido tu triste historia, estoy a punto de irme a casa a llorar! Algun día te contaré la historia de mi vida.

Carmen, ofendida, repuso airada:

—No te molestes en acompañarme, puedo ir sola a casa.

—A mí lo que me molesta es dejar a las chicas solas, anda no seas tonta, ¡vamos para tu casa! —y cogiéndola de una mano la obligó a andar. Llegaron a la puerta de la casa de ella, quien esta vez disimulaba el separarse, se sentía atraída por el despreocupado carácter y la gallarda apostura de Roberto.

—No sabes, ¿preciosa? No me gusta dar las buenas noches. No tengo esa costumbre, ¿qué te parecería un beso en su lugar? —y sin dar tiempo a protestar Roberto besó a Carmen, quien debatiéndose furiosamente, exclamó:

—¡Te odio! ¡Oyes? ¡Te odio!

—¡Ah, sí? Y... ¿cómo te llamas?

—¡Te odio...! ¡Me llamo Carmen!

—¿Qué haremos mañana, Carmen? —¿Qué la despreocupada respuesta del marino.

Carmen, ilusionada por la simpatía de Roberto, no supo resistir a su instantáneo sorriso; un hombre así, bullicioso, atrevido, despreocupado, tenía todos los atractivos.

—Si fuésemos mañana a la Exposición y el domingo a la playa?

—¡Magnífico! —contestó Roberto, mientras volvía a besarla fuertemente.

—¿Sigues odiándome?

—Te material, ¡te estrangularía!

—Ya tendrás oportunidad... hasta mañana, preciosa!

Y con las manos en los bolsillos, Roberto se marchó sin verse tan siquiera, mientras ella subía las escaleras de la pensión.

Fueron a la Exposición al día siguiente; el temperamento de Roberto rimaba mucho mejor con el ambiente que no el carácter reservado de Juan; además, Carmen se había enamorado de él y se sentía completamente feliz a su lado. Pasaron un alegre día mientras hacían planes para el domingo.

Llegó, por fin, el día tan soñado para Carmen. Con las manos en los bolsillos y mirando a todas las muchachas que hallaba en su camino, Roberto se dirigió a la estación a esperar a Carmen. Esta llegó a los pocos minutos cargada con una voluminosa cesta.

Mucho rato nadaron y jugaron por la playa hasta que, Roberto cansado y con ganas de dormir —la noche anterior se había retirado a altas horas— se tumbó al lado de unas rocas —en el mismo sitio en que Juan había llevado a Carmen— a dormir un poco. Mientras, la muchacha sacaba las provisiones y preparaba el almuerzo. Sacó el blanco mantel, poniendo encima exquisitos bocados; luego encendió un fuego, usando varias suculentas rebanadas de carne. Se acercó a Roberto con un trozo de carne asada untada de una sabrosa salsa, y con toda su graciosa

seducción le invitó a comer; el marino, sin casi abrir los ojos, miró despectivamente, y tiró el bocado sin apenas probarlo.

—¿Qué haces? ¿Por qué lo tiras? — protestó ella.

—Demostado picante, preciosa — repuso él, negativamente. Carmen, adolorida, trató de apartarse del marino, pero Roberto perseguió la atrajo hacia sí.

—¿Me quieres, Roberto? Dímelo, ¿me quieres?

—¡Seguramente! — respondió, tratando de ocultar un bostezo.

—No me quieres, no me quieres — fué la triste afirmación de Carmen.

—¿Si me tienes loco, preciosa!

—De veras, Roberto? Entonces, ¿por qué no podemos estar siempre juntos como ahora?

—Eso es imposible; soy marino, ¿sabes tú lo que es ser marino?

—Pronto tendrás que irte muy lejos, y ya nunca, ¡nunca volveré a verte!

—Pero, ¿al aún tenemos mucho tiempo?

—Mucho tiempo? ¡Cree estas equivocada!

—¿No es mucho tiempo una semana?

—Una semana! ¿Qué es una semana?

—¿Para un marino?

—Te odio!

—Te cansarás... pero, oye, ¿te vas?

—Sí, a mi casa...

Y viendo la acción a la palabra, Carmen trató de levantarse. La despreocupación de Roberto la había herido. Que poca importancia tenía ella para el alegre oficial; ahora sólo quería una cosa: huir, marcharse de allí, irse lejos, muy lejos, donde no hubiesen marineros, donde no hubiesen hombres atractivos de quienes pudiese una enamorarse. Pero Mason, que no comprendía las reacciones de Carmen, no estaba dispuesto a perder su juguete; levantándose, a su vez, la cogió de un brazo y riendo trató de llevarla hacia el agua. La muchacha resistióse como un gato salvaje hasta que, al fin, desasisténdose de los brazos de Roberto corrió hacia el agua no sin antes arrojarle un puñado de arena. Nadaron largo rato hasta que Roberto, recordando lo avanzado de la hora, la hizo vestir. Comentando alegremente las incidencias del día volvieron a la ciudad; tan simpático y agradable solía ser Roberto cuando quería, que todo el disgusto experimentado por Carmen se disipó.

Días después hallábase Roberto acodado en la barandilla del muelle contemplando los desembarcos de tripulación de varios buques de guerra que llegaban a San Diego. Una alegre exclamación brotó de sus labios al ver a Juan en uno de los botes que se dirigía hacia el puerto. Mason encendió un pitillo y con un hábil movimiento de muñeca lo tiró hacia su amigo; éste al recibir el obsequio, volviéndose rápidamente hacia el marinero que estaba a su espalda; de un brusco golpe le arrojó el cigarrillo al agua. Roberto, encantado con el éxito de su hazaña, volvió a tirarle otro pitillo. Juan, más furioso que la primera vez, volviéndose nuevamente hacia el marinero que, esta vez, fumaba un

puro, y de un puñetazo lo derribó. Poco a poco fué acercándose al bote, atracó a un lado del muelle, y Juan, con la prisa del hombre que sabe es esperado saltó a tierra, pero al tratar de cruzar el muelle tropezó con la pierna de un marino acodado en la barandilla y casi cayó al surco; indignado se acercó a pedir explicaciones contundentes, cuando Roberto se volvió riéndose: toda la indignación de Juan convirtiéndose en una alegre bienvenida.

—¿Debió haber adivinado que eras tú! ¿De dónde vienes, muchacho, creí que no te vería en un año! ¿Qué es lo que te ha traído?

—Una sola persona: ¡tú! Temía te hubieses metido en algún lío y estuvieses necesitado a papá Roberto.

—¿Vienes con permiso?

—Sí, de ocho días; pero hoy termina. ¡Las órdenes de salida son para hoy por la noche!

—¿Qué lástima! Nada importante tendrás que hacer, ¿no es cierto? ¡Pues ahora te vienes conmigo y sin preguntar nada! — repuso Juan, cogiendo del brazo a Roberto mientras se lo llevaba hacia su casa.

Mason no comprendía en absoluto lo que Juan se proponía: sin embargo, le siguió del mayor agrado. Llegaron frente a la casa; la sorpresa del marino fué en aumento, ¿a qué iban allí?

—Bonita casa, ¿verdad? ¡hasta tiene jardín!

—¿Es tuya?

—Sí, ¿no te gusta?

—Te habrá costado una fortuna!

—Bastante, ¡pero lo vale! Además, chico, tengo un vecindario distinguidísimo. ¡Mira, el que vive en aquella casa verde es empleado de Banco! Además... tengo teléfono, Roberto, ¡teléfono particular!

Y diciendo esto, Roberto casi arrastró a su amigo hacia dentro; al darse cuenta que dejaba la puerta abierta volvió atrás, cerrándola cuidadosamente. Todos los cuidados eran pocos para su hogar.

Entraron en la sala; los admirados ojos de Roberto no cesaban de contemplarla, mientras no comprendía lo que su amigo había hecho; ¿qué necesidad tenía de tener una casa fija cuando tantos alojamientos distintos podían tenerse y podía gastarse el dinero con muchachas en lugar de invertirlo en muebles inútiles?

—¿Qué te parecen mis muebles, muchacho? — preguntó Juan, sorprendido por el silencio de Roberto. — ¡Estilo moderno, como puedes ver!

—Oh, ¿de veras? ¡Todo está muy bien, te felicito!

—Anda, ponte cómodo: voy a buscar a cierta persona — le dijo Morgan, mientras dando media vuelta iba en busca de su mujer.

Carmen, como de costumbre, estaba indolentemente tirada en su cama, recordando los momentos pasados con Roberto — ¿qué divertido era eso de fingir que vivía en la pensión! — ¡si su marido hubiese sido así! Su sorpresa, al ver a Juan, fué enorme;

saltó a su cuello y le besó con todo el afecto que era capaz de sentir por él.

— ¡Venita ven, ¡tenemos visita! — y cogiéndola de la mano la llevó a la sala. El asombro aterrado de Carmen y la sorpresa de Roberto, fueron indescriptibles. Nunca, el uno ni el otro, hubieran podido suponer encontrarse en semejante situación. Juan, ajeno a todo, y feliz de hallarse otra vez en su casa entre su esposa y su mejor amigo, hizo las presentaciones.

— Carmen, he aquí mi mejor amigo, Roberto Mason.

— Roberto, ¡te presento a mi esposa!

— ¡Venita, ven, mira, Roberto es mi mejor amigo, algo feo, pero un gran amigo y excelente compañero; pero, ¿por qué no vienes de una vez? — inquirió al ver que su mujer permanecía en el dintel de la puerta. Carmen trató de ocultar su confusión señalándole — ¡ni podía hablar de la impresión — su cara; pero su marido, sin parar mientes en ello, sin darse cuenta de su angustia, insistió alegremente:

— ¡Estás muy bien, venita, ¡no te preocupes! — y dirigiéndose a Roberto, prosiguió: — Esto hay que celebrarlo, voy a la cocina a buscar copas.

— ¡No hay tiempo! — interrumpió Roberto, nerviosamente. — ¡Hagámos a las siete. ¡Yo me voy!

— Pero si sólo son las cuatro, muchacho; hay tiempo de sobras para beber y charlar. No hay excusa que valga, ¡tú te quedas con nosotros hasta la hora de marchar!

Apenas hubo salido Juan, su mujer se acercó demudada a Roberto. — ¡Qué vamos a hacer! — imploró.

— ¡Eres una mala hembra! ¡Apártate de mí!

— ¡Prométeme que no le dirás nada, yo no sé... Roberto, ¡por favor!

— ¡Déjame...!

— ¡Tú no puedes tratarme así, queriéndome como te quiero! y acercándose a él le rodeó el cuello con sus brazos; mientras acercaba su cara mimosamente a la del marino; un ligero ruido le hizo levantar los ojos. Juan llegaba con una bandeja llena de copas y dulces; rápidamente Carmen cambió de expresión.

— ¡Cállate!, ¡siavergüenza!, ¡déjame!

Se oyó el ruido de la bandeja al caer al suelo. Juan avanzó con los puños crispados hacia su amigo y de un certero puñetazo lo derribó a tierra.

— ¡Con todas las de alreverte, hasta con mi mujer, siavergüenza!

— ¡Tienes razón — repuso amargamente Mason, mientras se levantaba pensativamente y salía de la casa. Apenas hubo traspuesto la puerta, Juan le tiró la gorra. No quería tener nada que le recordase la felonía de quien había considerado como un hermano.

Carmen, entretanto, se había tirado encima de la cama sencillamente desesperada; ahora sí que había perdido, y para siempre, a Roberto. Al oír los pasos de Juan simuló un ruidoso llanto; su marido se acercó a la cama, le acarició levemente los cabellos: — ¡No ha pasado nada, no te preocupes más!

Y dando media vuelta volvió a la sala.



Carmen miró fijamente a su marido y exclamó: — Te buscas urgentemente para el salvamento del M-9.



Dorgan se vistió el traje de buzo para sumergirse en las profundidades en donde se hallaba el submarino.

CAPÍTULO VII

SIEMPRE FUELOS COMPASEROS

Los camaradas de Mason no acababan de comprender como había regresado tan temprana y de tan ma, talento. El comandante, que sentía sincera simpatía por él, le preguntó:

—¿Te has divertido, muchacho?

—¡Con ganas, mi comandante! — y sin añadir más se dirigió a su camarote a cambiarse.

Comenzaban en el submarino los preparativos de marcha. Roberto bajó a la sala de máquinas; poner ganas tenía de hacerlo, ya se imaginaba las bromas de los marineros, bromas que, en otras ocasiones, replicaba el desenfadamente, pero esta vez tenía un disgusto demasiado grande para poder chancarse con nadie.

Tal como se lo suponía, apenas entro cruzáronse las frascas y rasas como espadas:

—¿Qué, buen tiempo en tierra?

—¡El más revuelto imaginable! — contestó Roberto entre dientes.

—¿Ha tenido algún disgusto?

—Tuvo mucha pena al dejarla?

—¡Acaso le fallaron los planes?

—¿Cuántas novias ha dejado?

—Buena, muchachos, basta ya; vamos a trabajar, a ver si podemos dejar de pensar en chicas.

Uno de los marineros jovencito, sentimental y enamorado suspiro:

—Mientras no le haya ocurrido lo que a mí; se me terminó el permiso cuando iba a casarme; pero... ¡volveré!

Las órdenes del comandante, transmitidas por los teléfonos buzoneros detuvieron la alegre charla:

—Disponen todos para la sumersión, cerrad la escotilla, ajustad bien el lastre.

Pausada y rítmicamente todas las operaciones iban realizándose; cada marinero fijo en su puesto, como una automata estatu, cumplía con toda precisión las órdenes; prontamente iba sumergiéndose el submarino, mientras en su interior todos y cada uno de los mecanismos recibía la más cuidadosa atención.

En esos precisos momentos, en las oficinas del servicio de información naval reinaba gran actividad; acabábase de recibir una nota de la oficina hidrográfica informando que un peligroso derrelicto se hallaba localizado en las cercanías de Coronado, con el consiguiente peligro para los barcos y submarinos.

El comandante pasébase preocupado por su despacho; el enorme peligro que representaba la existencia de un derrelicto, podía acarrear serias dificultades. Se detuvo en su nervioso paseo y, acercándose a su mesa, escribió rápidamente:

—Para todos los buques de la escuadra. Urgente para los submarinos:

«Un derriello sumo gogo muévase sin rumbo fijo en las limitaciones de Coronado. Todos los submarinos han de ponerse a flote sin pérdida de tiempo»

Llamó a un timbre; al aparecer el ordenanza le hizo entrega de la nota con la orden de que se pasase inmediatamente. Febrilmente empezaron a actuar los telegrafistas; cada aparato, cada operador tenía pendiente de sí el salvar unas vidas; era necesario que ningún barco ni submarino dejara de recibir el preciso mensaje.

El M-9, donde Roberto se hallaba, recibió la orden e inmediatamente se prepararon las maniobras necesarias para subir a 300. Algo preocupado se hallaba el comandante; justamente navegaban por la zona peligrosa; hizo un esfuerzo para alejar de sí el presentimiento que tenía, y por el tubo de órdenes dio instrucciones.

El acombio de los que se hallaban en la sala de máquinas fue enorme, no comprendían ese repentino cambio de marcha y los comentarios se cruzaban:

—¡Subimos a flote!

—¿Qué pasa?

—Nos enviarán a casa? — suspiró el marinero que soñaba con ir a tierra para casarse.

—¡A lo mejor el comandante tiene dolor de cabeza y quiere un poco de aire fresco!

Lentamente iba subiendo el submarino, mientras el cerebro del comandante seguía atestado por el negro presentimiento. Pocas decenas de metros faltábale para llegar a la superficie, cuando el derriello que venía empujado por una corriente, abió contra la popa del barco. De tal rudeza fue el choque que varios de los hombres de la tripulación cayeron al suelo; el comandante, que se hallaba en la sala de máquinas, saltó disparado contra una de las manivelas de maniobrar, lesionándose el brazo derecho. Dorgan acercósele solícitamente:

—¿Se ha hecho mucha daño, mi comandante?

—No lo sé, muchacho; pero ahora no es el momento de pensar en mí — y acercándose al tubo de órdenes, gritó: ¡Parad los motores...! ¡Orden de urgencia, vaya a proa...! ¡Telegrafista, un S.O.S.; posición 32 grados, 3 minutos al Norte, ¡sin pérdida de tiempo!

Los marineros comenzaron a sentir cierto temor; la muerte por asfixia es algo tan horrible que hasta los espíritus más fuertes no pueden contener un escalofrío al imaginársela.

Roberto avanzó hacia los otros compartimientos para examinar lo ocurrido; al tratar de abrir una puerta, una bocanada de agua le hizo retroceder. La cerraron, quisieron regresar a donde estaban; uno de los marineros tropezó con una puerta, se abrió y una enorme bichada de gas casi los ahogó; aseguraron la puerta como pudieran y regresaron a la sala de máquinas.

El comandante seguía dando órdenes:

—¡Abrid los tanques auxiliares sólo estamos a 400 metros!

Un grupo de marineros se precipitó a cumplir la orden; por unos momentos pareció como si el submarino se remontase, pero a los pocos segundos volvió a hundirse.

Mientras en su cabina, que comenzaba a inundarse de agua, el telegrafista no cesaba de lanzar S.O.S.:

«W.G.L.A. llama a W.G.S.A. San Diego, grave avería en M-9, localizado en posición 32 grados, 3 minutos Norte. W.G.L.A. llama a W.G.S.A.»

Hasta que una bocanada de agua tiró la puerta abajo; empero, sacando fuerzas de feaqueza, antes de que el aparato desapareciera bajo el imperio del agua, logró lanzar el último S.O.S.: «W.G.L.A. perdido, W.G.L.A. perdido, S.O.S.»

Un enorme alarido rasgó el silencio del submarino; los motores se estaban inundando, la poca agua que quedaba de agua, el terror se había apoderado en el submarino y la dotación estaba empezando a sentir los efectos de la desmoralización.

El comandante hizo saltar la boya y proveyó a varios de los marineros con pulmones artificiales. Así podrían salir a la superficie y tenían bien probabilidad de contra una de ser rescatados por alguno de los vapores comerciales; de esta forma podrían localizar al submarino y venir en su ayuda.

Abrieron una de las escotillas y un pañado de tripulantes salió, elevándose lentamente.

Los que habían quedado dentro, al perder peso el submarino, hicieron las maniobras para ver de remontarse; lograron subir algo, pero con tan mala fortuna que tropezó con un escollo y rápidamente fue a parar al fondo.

No sólo continuaban fuertes produjo el choque, sino también una intensa depresión mental a los marineros. ¿Sabían perdidos? ¿Quiénes ir a rescatarlos en tal profundidad? Una voz afirmó:

—Hay un hombre capaz de ello: Juan Dorgan. En Pearl Harbor, bajo a 307 pies. ¡Continuemos en él!

Al oír eso Roberto no pudo contener unas histéricas carcajadas. Juan iba a bajar a esa profundidad para salvarlos, ¿sabiendo que estaba allí el hombre que había intentado propiamente con su esposa?

—¿Dónde ve usted la gracia? — preguntó el marinero.

—Es que es gracioso — exclamó, entre carcajadas, Dorgan —; muy gracioso.

—Y, aunque bajase, ¿cómo nos subiría?

—Nos podía traer aire, ¡así podríamos resistir el tiempo que hiciera falta!

—Bueno, muchachos — dijo Roberto, tratando de animarles —. Vamos a dejar de preocuparnos un rato. ¿Jugamos a los dados?

En uno de los rincones de la sala, uno de los marineros empezaba a sentir los síntomas de la asfixia; gesticulando aire, sus manos se crispaban contra su pecho; el comandante abrió la llave del aire y parcamente les dejó respirar:

—¡Ahórranos todo el aire posible! — dijo Dorgan.

—¡A callarse! — fue la abogada exclamación de un marinero.

—Sabiendo administrar el oxígeno, aún podremos vivir una semana — afirmó el comandante.

—¡Vamos, señores! — gritó Roberto —. Se admiten apuestas, aquí van 30 centavos, ¿quién pone más?

La noticia del hundimiento del submarino había llegado a todos los ámbitos del país; todos los periódicos habían urado

ediciones especiales que los vendedores vocaban a voz en cuello:

—Un submarino a pique en las marionetas; edición especial.

Al oír vocar tan insistentemente el diario en sus tranquilas barbas, Juan salió a la puerta a comprarle; quizás habría alguna noticia interesante, algo que lo sacase de esa apatía que se había apoderado de él y que ni la presencia de su mujer era suficiente para desvanecer. Apenas hubo paseado sus ojos por los titulares, lo dejó caer. Carmen, que estaba sentada en una butaca tratando de ahuegar su aburrimiento con la lectura de una novela, lo cogió y no pudo contener una aterrizada exclamación al leer los titulares:

EL SUBMARINO M-9, SE HA HUNDIDO

Sufrió averías al chocar con el casco de un buque naufragado. — Se han logrado salvar a varios de los tripulantes, pero aún no se puede asegurar si será posible salvar a los que permanecen en la tumba flotante. — Se activan febrilmente las operaciones de salvamento.

Siguió buscando anhelantemente la lista de los salvados; no halló el nombre de Roberto Mason; con una terrible angustia leyó los nombres de los que aún permanecían dentro del submarino; entre ellos estaba el del segundo oficial, Roberto Mason.

En el interior del submarino los segundos adquirían proporciones gigantescas; cada instante que pasaba semejava un siglo; la atmósfera enrarecida pesaba más y más, había marinero que estaba ya al borde de la locura.

Juan y Carmen, cada día más distantes el uno del otro, se miraban en silencio. Ella no había podido olvidar a Roberto; su marido tenía a ratos vagas sospechas, percibía tan extraño el comportamiento de su amigo. Quiso hallar distracción en la radio, giró las manecillas; los compases de una música ligera llenó la habitación; de pronto, la voz del locutor interrumpió el concierto:

—Señores radioyentes; continuamos con nuestra emisión especial de noticias sobre el hundimiento del submarino M-9. Las últimas informaciones recibidas son de que los buques de guerra «Newport», «Viroquo» y «Mermalde» han logrado salvar a muchos de los tripulantes que pudieron huir por la escotilla. Se están haciendo preparativos para llevar aire a los que aún permanecen prisioneros por si es posible salvarlos; pero se teme que esto sea ya, por desgracia, inútil.

—Por otra estación — interrumpió Juan, rudamente.

Carmen hizo poco caso de su advertencia; con el corazón en la garganta continuaba escuchando apasionadamente:

—La profundidad a que ha de operarse no permite abrigar grandes esperanzas...

El vibrante sonido del timbre del teléfono, arrancó a Carmen de su inmovilidad; se precipitó al aparato mientras Juan advertió confundidamente:

—No estoy en casa, no sabes dónde he ido, ¿entender?

—Si esta es la casa del oficial Dorgan... No... no está... no... no me ha dicho a dónde iba. Muy bien, ya se lo diré... Adios.

Carmen se irguió mirando fijamente a su marido:

—Desde el Departamento naval te buscan urgentemente aquí; te buscan urgentemente para el salvamento del M-9.

Al no hallar a Dorgan en su casa dieron las órdenes desde el Departamento naval para que todas las estaciones de radio transmitieran la orden de que Juan Dorgan se presentase sin pérdida de tiempo en la Escuela Naval para cooperar al salvamento del M-9. Cada cuarto de hora tenía que hacerse la llamada desde todas las emisoras, fuesen particulares, policíacas o del Estado.

Carmen, nerviosa y preocupada, volvíase al lado de la radio, y a pesar del eco trunco de su marido — ¡cuántos pensamientos ibanle dando vueltas por el cerebro! — giró nuevamente la manecilla.

—Muchos supervivientes del M-9 han sido llevados a la base naval; éstos fueron salvados por los buques que respondieron al primer S.O.S. del M-9.

No pudo seguir escuchando más; se levantó de un salto exclamando:

—Esto ya no se puede soportar.

Y mientras el locutor continuaba leyendo la información:

—Se ruegan a las personas que no son familiares de los marinos, se abstengan de ir a la Base Naval a fin de evitar aglomeraciones.

Entró en su habitación, se echó encima un abrigo, saliendo apresuradamente de la casa. Por la radio, continuaban las noticias:

—Las autoridades navales buscan a Juan Dorgan. ¡Juan Dorgan se le necesita para el salvamento del M-9! ¡Preséntese inmediatamente! ¡Se necesita a Juan Dorgan! ¡¿¿¿¿¿? algo de él que lo comunique seriamente a esta emisora! ¡Juan Dorgan! ¡Se necesita a Juan Dorgan!

Juan cerró la radio bruscamente; un mundo de encontradas emociones, sospechas y el sentido del deber, luchaban dentro de él.

A costa de muchos trabajos, Carmen logró llegar hasta los patios de la Escuela Naval llenos de una multitud doliente que aguardaban ansiosamente noticias y contemplaba con los ojos desorbitados por la angustia el triste pazo de las camillas que conducían a los marinos. Se acercó a la pizarra donde aparecían los nombres de los salvados; al ver que el de Roberto no estaba, se dirigió al oficial de guardia:

—Dígame, ¿por favor? ¿Tienen noticias de Roberto Mason?

Como única respuesta él le señaló el tablero donde aparecían los nombres de los que aún estaban prisioneros, mientras añadía:

—¡Aun no sabemos nada, señorita!

En el buque encargado del salvamento esperaba el resultado de los esfuerzos del bote Henderson, quien se hallaba a 200 pies y no contestaba. Lo buscaron rápidamente; apenas se le hubo quitado la estafandra cayó al suelo pesadamente. La presión había sido demasiado grande para él. Se hicieron preparativos para que otro descendiera; sin embargo, era escasa la confianza,

ra, el único con probabilidades de éxito era Dorgan, y ¿dónde estaba?

Si hubiesen sabido que estaba en su propia casa, mirando los titulares de los periódicos que anunciaban el próximo fin del M-8, Carmen llegó en ese momento y al verla demandada Juan pensó que su amigo quizá no había sido culpable como creyera.

—¿De dónde vienes?

—De verlos llegar!

—Y a ti ¿qué le importa eso? Fuiste a buscar noticias sobre Roberto Mason, ¿no?

—¡No sé qué quieres decir! — trató de fingir Carmen.

—Claro —rió sarcónicamente Juan— ¡Te preocuparán más los otros!

—Todos me dan lástima, ¡si hubieses visto la angustia de los que esperaban!

—Y la tuya, ¿no?

—Si contestó Carmen decididamente — Yo le esperaba a él. Lo conocí una semana antes de que le trajese. Lo juzgante mal. ¡Roberto quería contártelo todo! ¡Yo le conocí en el «Palacio de la Danza» sin que ni él ni el otro supiéramos quienes éramos!

—¡Ojalá! — barbotó Juan.

—Sí, lo soy, y tú ¿qué eres? ¿Qué has hecho por salvar a tus compañeros? ¡Cobarde! ¡Miserable! ¡Ni un instante más estaré a tu lado!

La creciente indignación de Juan llegó a su límite; de un empujón empujó la puerta y salió de la casa, iba a salvar a su amigo!

El comandante del submarino había caído trémulo, antes de rodar al suelo hizo entrega del mando a Dorgan; tenía los miembros destruidos. Al verle caer la desmoralización creció entre los marineros, ya no podían más; Dorgan vencido abrió la llave del aire y la abrió toda;

—Respirad, ya no queda más ahora, muchachos, el más fuerte vencerá!

Dorgan se había vestido rápidamente y se lanzó al agua, poco a poco fue bajando hasta llegar sobre la cubierta del submarino. En seguida lo comunicó al oficial que se había quedado al mando del tubo de escape:

—He estado fondo, acabo de localizar al M-8.

Pero nie cuidadosamente y con un martillo empezó a golpear el techo; los prisioneros no pudieron contener su alborozo. Mason con una llave inglesa contestó a los golpes, mientras gritaba con los ojos llenos de lágrimas:

—Es Dorgan, el gran Dorgan! ¡Juan, muchacho!

Al recibir respuesta, Juan pidió un tubo de aire que le fue mandado rápidamente, lo enchufó a la boca del submarino y bajo el benéfico influjo del aire los tripulantes fueron recuperando las fuerzas. Reían y cantaban esperando el momento de subir a tierra.

A la mañana siguiente, todos los periódicos de la nación, en edición extraordinaria y grandes titulares, llevaban la noticia que colmó a todos de alegría:

LOS MARINOS DEL M-8 HAN SIDO SALVADOS LAS OPERACIONES DE SALVAMENTO TUVIERON UN ÉXITO FORMIDABLE

Mientras Carmen, otra vez en el «Paraiso de la Danza», con una ligera amargura en el corazón, volvía a su vida de siempre: bailes, hombres, mentiras, siempre al compás de la música del negro Smith. Esta vez estaba al lado de un patán campesino:

—... me fui entonces a Hollywood y luego me trasladé aquí.

—¡Qué triste historia! Y ahora, ¿qué haremos?

—¿Le gusta la comida china?

Juan y Roberto, más fraternalmente unidos que nunca, habían logrado obtener destino a bordo del mismo torpedero. Seguían siendo los inseparables de siempre, si bien el corazón ingenuo de Juan aún sentía la amargura de su fracaso sentimental.

Pero el tiempo y el ir de un puerto a otro irían cicatrizando aquella herida.

Y mientras pasaban por una calle de un puerto japonés, cantando alegremente:

«Son los hijos del profeta,
gente brava, audaz, inquieta,
que siempre llegan a la meta»

Los ojos vivos de Roberto descubrieron un par de deliciosas japonesitas, ya se iba tras ellas, cuando un enemigo ademan de Juan se lo impidió:

—¿Vas a seguir a todas las muchachas?

—¡Si son preciosas!

—¡Pues si has de ir detrás de todas las chicas bonitas!

Y engañándole afectuosamente de un brazo se fueron rumbo a su buque.

FIN

EDITADAS Y EN EXISTENCIA:

- 14. *Siete bofetadas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 15. *El Capitán Costello*, por Olga Tschekowa y Karl Döhl.
- 17. *Belle en el Metrópol*, por Henri Gertze y Viktoria von Ballasitz.
- 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.
- 19. *El Robito*, por Gustav Fricklich y Walt Janssen.
- 20. *Extremis*, por Buck Jones.
- 21. *Rosas Nuevas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
- 23. *Caballería Negra*, por Marika Rokk y Fritz Kampers.
- 24. *Imágenes de juventud*, por Sylvia Sidney y Herbert Marshall.
- 25. *Un mal paso*, por Ken Maynard.
- 27. *Crepusculo Rojo*, por Rudolf Forster.
- 28. *El Tri de la Fortuna*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 29. *La que apostó su amor*, por Bette Davis y George Brent.
- 30. *Catalina*, por Franziska Gasi y Alex Holt.
- 31. *La Rosa de los Tudor*, por Nina Fickers y Cedric Ardwick.
- 32. *Escándalo estudiantil*, por Kent Taylor y Arline Judge.
- 33. *Oriente contra Occidente*, por George Arliss y Lucie Mannheim.
- 34. *El Doctor Socrates*, por Paul Muni y Ann Dvorak.
- 35. *Valle Real*, por Willi Forst y Hell Finkenzeller.
- 36. *El Agente Secreto*, por Robert Young y Madeleine Carroll.
- 38. *La Voz seductora*, por Marta Eggerth y Paul Hartmann.
- 40. *La suelta al hogar*, por Zarah Leander.
- 45. *Una semana en la Luna*, por Amy Odora y Hans Shuster.
- 46. *Concierto en la Corte*, por Marta Eggerth y Johannes Heesters.
- 47. *Avulsas heroicas*, por James Cagney, Pat O'Brien y June Travis.
- 48. *Mares turbulentos*, por Jack Holt, Diana Gibson y Grace Bradley.
- 49. *Luchadores del Oeste*, por Bob Baker y J. Farrell Mac Donald.
- 50. *La Dama de Montecarlo*, por Franziska Gasi.
- 51. *La bailarina ciega*, por Lillian Harvey y Rolf Moebius.
- 52. *El doble del Rey*, por Alberto Matthesstock y Guabi Huber.
- 53. *Broncas de acero*, por Victor Mc. Laglen y Binnie Barnes.
- 54. *Volga-Volga*, por Hans Adalbert y Vera Regels.
- 55. *Valle prohibido*, por Noah Beery Jr. y Frances Robinson.
- 56. *Caniche*, por Lillian Harvey y Paul Stiel.
- 57. *Buque en una noche*, por Herbert Marshall y Jean Arthur.
- 58. *Cuatro amigos*, por Victor Mc. Laglen.
- 59. *Mares del Sur*, por John Wayne y Diana Gibson.
- 60. *Ojo por ojo*, por Buck Jones.
- 61. *Alarma en la ciudad*, por Boris Karloff y Jean Rogers.
- 62. *Su primera escapada*, por Jackie Cooper y Joseph Calleia.
- 63. *Contrabando*, por Hans Albers y Litta Lenz.
- 64. *Millonario a sueldo*, por George Murphy y Alice Faye.
- 65. *La Exclutrica*, por Max Robson.
- 66. *El potrero indomable*, por Ken Maynard y Ruth Hall.
- 67. *Por mandato imperial*, por Hans Kratoch y Otto Gebühr.
- 68. *El Valle del Infierno*, por Buck Jones.
- 69. *Luz a Oriente*, por Pat O'Brien y Josephine Hutchinson.

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILLEN, 154

BARCELONA



N.º 70